



## EL PERRO DEL LIMPIABOTAS.

Colocaos en torno mio, niños queridos. Vamos á hablar de perros, á hacer su elogio. Comenzaremos por el perro en general, ese amigo del hombre, compañero en sus trabajos, consuelo de sus pesares; escuchad lo que de él dice Buffon, sabio que vivia hace doscientos años. Me ha sido imposible dejar de aprender de memoria el trozo en que habla del perro, porque se acerca mucho á la verdad y está perfectamente expresado.

« El perro, dice, independientemente de la belleza de su forma, de su vivacidad, fuerza y ligereza, tiene por excelencia todas las buenas cualidades que pueden atraer las miradas del hombre. Un natural ardiente, colérico, y ademas feroz y sanguinario, hace del perro salvaje un animal temible para todos los demas. En el perro doméstico reem-

plazan á estas condiciones los sentimientos más dulces y el deseo de agradar. Viene arrastrándose á humillar á los piés de su amo toda su fuerza y su cólera; espera sus órdenes para cumplirlas, le consulta, le interroga, le suplica; una mirada le basta; espera las señales de su voluntad. Sin tener, como el hombre, la luz del pensamiento, tiene todo el calor de su sentimiento, y más fidelidad y constancia en sus afecciones que él; ninguna ambicion, ningun interes, ningun deseo de venganza, ningun temor más que el de disgustar; es todo celo, todo ardor, todo obediencia; más sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes; no se impacienta por los malos tratamientos; los sufre, los olvida, ó si los recuerda es para aficionarse más, pues léjos de irritarse ó de huir, se expone de nuevo á los mismos.

Lame la mano, instrumento de dolor que acaba de hacerle daño, no la opone más que temor, y concluye por desarmarla con la paciencia y la sumision. Más dócil que el hombre, más obediente que los demas animales, no solamente se instruye el perro en poco tiempo, sino que se adapta á los movimientos, á las maneras, á las costumbres de los que le mandan; toma el tino de la casa que habita; siempre diligente para su amo y obsequioso para sus únicos amigos; ninguna atencion guarda á los extraños, y declara la guerra á los que, por su condicion, sirven para importunar, conociéndolos en los vestidos, en la voz, en los ademanes, é impidiéndoles acercarse. Cuando se le confia, durante la noche, la custodia de la casa, se hace más orgulloso y feroz; él vigila, ronda, y siente de léjos á los extraños, y á poco que se detengan delante de la puerta ó intenten saltar las vallas, se lanza, se opone, y con ladridos reiterados, esfuerzos y aullidos de cólera, da la voz de alarma, avisa y combate. Tan furioso contra los ladrones como contra los animales carniceros, se precipita sobre ellos, los hiere, los destroza, les quita lo que tratan de llevarse, y no contento con haber vencido, descansa sobre sus despojos; no toca á nada ni áun para satisfacer su apetito, y da al mismo tiempo ejemplos de valor, de templanza y fidelidad.»

La fidelidad del perro, tan bien expresada en lo que os acabo de contar, ni una sola vez ha sido desmen-

tida, y cada dia presenta nuevos rasgos más notorios. Se le ha visto morir de sentimiento y de desesperacion sobre el sepulcro de su amo, arrostrar los mayores peligros para salvar inmensas distancias y reunirse al que tenía todas sus afecciones. He oido referir una anécdota que por sí sola basta para hacer el elogio de la fidelidad de este buen animal.

Un pobre diablo, padre de familia, que no tenía más ocupacion que limpiar el calzado á los transeuntes, se habia establecido á la puerta de un rico hotel de París. Era poseedor de un hermoso perro, al que habia enseñado á traerle parroquianos. Para esto el animal, despues de haberse metido bien en el fango, tenía la costumbre de ir saltando y corriendo á poner sus patas, como por casualidad, sobre las botas de los que por allí pasaban, fijándose principalmente en todos aquellos cuya *toilette* era más esmerada. Un rico inglés, á quien Medor, que así se llamaba el perro, habia puesto perdido, se vió en la necesidad de entrar en el establecimiento, y mientras le limpiaban el calzado, el perro se fué á colocar tranquilamente cerca de su amo. «¡ Ah, exclamó el inglés, bien te reconozco; tú eres el que me ha puesto en este estado! » Iba á darle un palo, cuando el limpiabotas tomó, riendo, la defensa de su perro. El inglés se ofendió todavía más de la insolencia del limpiabotas, que parecia mofarse de él, pero se calmó de pronto cuando el pobre hombre hizo la apología del animal. El asombro,

la admiración reemplazaron á la cólera en el corazón del extranjero. Medor tenía además otras gracias; dió pruebas de una inteligencia extraordinaria, y el inglés, encantado de todo lo que le vió hacer, quiso comprárselo á su dueño, pero éste se negó en absoluto. «¡Mi pobre Medor, exclamó, mi amigo, mi auxiliar! ¡Oh! no, no señor, jamás me separaré de él.» El inglés dobló la suma que al principio le había ofrecido, la triplicó después, pero el limpiabotas no quiso acceder. Le ofreció diez veces más: «¡Ah, pobre perro! prorumpió el dueño con los ojos humedecidos por el llanto..... pero mi mujer, mis hijos..... esta fortuna les va á volver locos de júbilo..... Ea, señor, se acabó; dadme vuestro dinero y tomad en cambio mi perro. No os detengais, porque si lo pienso mejor no os lo dejaré llevar.»

El inglés llevó su precioso perro, é inmediatamente regresó á Londres, adonde había ya escrito anunciando las grandes disposiciones del animal. En Inglaterra hay, más que en Francia, verdaderos aficionados á los hermosos caballos y á los perros inteligentes. Nuestro inglés gozaba pensando en que iba á mostrar la inteligencia del animal; pero éste, una vez separado de su amo, se volvió triste, abatido, y parecía haber dejado todos sus primores á la puerta del hotel de París. En vano le excitó su nuevo amo; ni sabía hacer el ejercicio, ni quería tenerse en dos piés, ni hacía el muerto, ni obedecía. Con la cabeza inclinada hácia la tier-

ra, como absorto en su tristeza, ni los mayores cuidados, ni una alimentación abundante, ni las caricias de todas las personas de la casa, le pudieron hacer olvidar al pobre limpiabotas. Hubiera muerto de pesar si en un hermoso día no hubiera hallado la puerta abierta y no se hubiera escapado.

Entre tanto, nuestro limpiabotas había continuado en su triste oficio, pero cada día se acordaba más y más de su fiel Medor, y tanto más notada era su ausencia, cuanto que la parroquia se había reducido á la mitad. Por último, había tratado de educar otro perro, pero no había podido reemplazar la inteligencia de aquél. Se habían pasado ya cuatro meses, y siempre pensaba en su antiguo amigo, cuando una mañana que estaba absorto en tan triste recuerdo, sentado sobre un cofrecillo, un perro se precipitó corriendo sobre él, dando gritos ahogados, colmándole de caricias: era Medor, delgado, descarnado, cubierto de polvo, á quien apenas podía reconocerse. El buen animal, una vez fuera de la casa del lord inglés, había tomado el camino de Douvres, se había escondido en un rincón del paquebot que le había llevado, y regresaba á Calais. El honrado limpiabotas se creyó, sin embargo, obligado á escribir al inglés para anunciarle la vuelta de su perro y para prevenirle que le devolvería la suma que había recibido; pero el generoso lord, conmovido con esta prueba admirable de la fidelidad del perro del pobre,

léjos de reclamar la primera suma que le habia entregado, le mandó una segunda igual á la primera para recompensar la delicadeza que habia manifestado el limpiabotas.

¿Os ha sorprendido esta historia? Pues sabed, hijos míos, que no os sorprenderian ménos las de otros perros admirables, que viven sobre las altas montañas de los Alpes, cubiertas de hielos y de nieves, y pasan su vida buscando desdichados viajeros sorprendidos por el frio. Los religiosos del monte de San Bernardo envian todos los dias de invierno un criado de confianza, acompañado de dos perros, para salir al encuentro de los viajeros desde Balais hasta San Pedro. Los perros siguen las huellas del hombre extraviado, le alcanzan, le conducen y le libran de una muerte segura.

Quizás algun dia os hable del perro de Terranova, cuyo instinto no es ménos admirable. Cuando un hombre cae al agua y está en peligro de ahogarse, el perro se arroja á nado y le salva al instante. Ultimamente uno de estos interesantes animales vió desde la barca donde estaba á un desgraciado que iba á sumergirse en las olas; se precipita, le coge por los vestidos, le conduce á la orilla, se asegura, oliéndole, de que no está muerto, y regresa en seguida á la barca donde su amo le espera. El perro de ganado no es ménos sorprendente: es quizás el que tiene una inteligencia más extraordinaria.

Quizás tambien algun dia prosi-gamos con la historia del perro, tan interesante y conmovedora.

TH. LEBRUN.



## LA MISA DEL PAPA MARCELO.

(Conclusion.)

Entrando con fray Roberto en la capilla, Palestrina encontró allí á la jóven á quien el reverendo padre llevaba su ayuda y sus consuelos. Plegada dolorosamente sobre sí misma, con las manos convulsivamente apretadas, estaba arrodillada delante de la imágen de una Vírgen, al lado de una pila de agua bendita hecha de mármol blanco, sostenida sobre las alas de bronce de un ángel.

La oracion, ó más bien el dolor, absorbía de tal manera á la pobre criatura, que no se apercibió de la llegada del reverendo padre y de Palestrina, que se habian detenido detras de ella. Enjugando con sus dorados cabellos las lágrimas que corrían por sus mejillas, murmuraba con una voz temblorosa los versículos del *Stabat Mater*.

La jóven tendria unos diez y ocho años. Fray Roberto le hizo señal de que se levantára; era un cuadro har-to cruel y conmovedor el que ofrecía, cuando sus ojos, bañados de lágrimas, se fijaron, llenos de una expresion llena de dolor, de gratitud y de esperanza, en el reverendo padre.

Palestrina se mantenía algo apartado, sentía un temblor inexplicable que recorría todo su sér.

—Hija mia, dijo fray Roberto, ¿habeis pedido á Dios y á su Santa

Madre que os den fuerzas y valor?

—No, padre mio, no es para mí para quien he pedido al Dios clemente y á la Madre de los dolores; es para mi pobre padre, mi querido padre que sufre siendo inocente... ¡Ah! ¡Hombre santo!... ¡Salvadle! ¡Salvad al pobre maestro Van-Holf!

—¡Van-Holf!... ¡Misericordia!... exclamó Palestrina sin poder contenerse.

Fray Roberto se volvió hácia él, y con un gesto tranquilo y severo le dió á entender que su exclamacion era irreverente en aquel lugar.

—¡Genoveva!... sí, es Genoveva, la hermana de mi infancia, yo la reconozco, Dios mio, murmuró en voz baja Palestrina, miéntras seguía al fraile, á cuyo lado marchaba la jóven.

De esta manera llegaron al pié de la escalera de la galería cubierta. Fray Roberto habia comprendido, por las últimas palabras del noble artista, que Van-Holf era el bienhechor de Palestrina; así, no tuvo inconveniente en darle permiso para que le siguiera con Genoveva al foso inferior, donde hacia un mes languidecia el pobre maestro Atanasio Van-Holf.

Pocos momentos despues éste refería á su jóven discípulo que, habiendo vuelto á Italia al cabo de al-

gunos años de ausencia, habia recorrido á Milan, Florencia, Pisa y Nápoles, trabajando en una misa que, segun decia, era una obra maestra, la cual tenía terminada hacia seis meses.

Como no se hablaba en toda Italia de otra cosa que del disgusto que le causaba al Santo Padre la mala música, por las academias reunidas de Pisa y Milan, se habia abierto un concurso para elegir una misa que fuese digna de ser presentada al Santo Padre, la cual sería impresa en vitela con todo el lujo posible y llevada á la capilla del Vaticano. El desgraciado Atanasio habia acudido con su misa al concurso, pero habia encontrado entre los maestros á dos de sus mayores enemigos, tan ignorantes como envidiosos, los cuales le habian denunciado á la Inquisicion como anabaptista. Desgraciadamente habia algo de verdad en el fondo de esta acusacion, pues Atanasio, en la época de su juventud, habia participado de los errores de Juan de Leyder. El infortunado maestro no pedia ahora sino que se le admitiera justificacion para probar que, arrepentido de sus juveniles errores, habia sido despues un buen cristiano; pero sus enemigos, algunos de los cuales permanecian ocultos, habian obtenido tanta autoridad cerca del santo tribunal, que fray Roberto no habia conseguido nada, á pesar de su alto crédito, en los diferentes pasos que habia dado en favor del prisionero. Se trataba nada ménos que de condenarle á en-

cierro perpétuo, y dentro de un mes debia comparecer ante sus jueces para que su causa se sentenciara en definitiva.

Grande fué el dolor de Palestrina cuando supo el infortunio que amenazaba á su pobre maestro, y ocho dias despues, el grande éxito que obtuvo la repeticion de su misa en una de las salas del Vaticano, no fué bastante para borrar de su corazon la pena que le causaba la desventura de Atanasio Van-Holf.

Pero el papa Marcelo en persona habia asistido de secreto al ensayo; hizo comparecer al artista en su presencia, le prodigó los mayores elogios que habian salido de los labios de un Papa, desde que Leon X habia aplaudido á Rafael y á Miguel-Angel, y, por último, le dijo:

—Maestro romano, pide la gracia que quieras, y ten presente que no habrá nada que yo pueda rehusarte.

Un rayo de inspiracion iluminó el alma de Palestrina, que respondió:

—Santo Padre, pido la libertad para el prisionero de San-Angelo, á cuyo cuello colgaré esta cadenita de plata que remata en esta pequeña medalla de Angelus.

—¡Acordado sea! respondió el Soberano Pontífice.

Y en efecto, Van-Holf fué puesto inmediatamente en libertad. Acompañado de su hija Genoveva asistió á la misa de su amigo, probando así su profundo sentimiento de fidelidad á la Iglesia, y gozando de la dicha inefable de hacer subir á Dios su oracion de gratitud en alas de aque-

lla armonía de gloria y de libertad.

El efecto de la misa fué inmenso, y el Papa, congratulando de nuevo á Palestrina en los términos más lisonjeros, le dijo que él sería conocido en las generaciones futuras con el título de *Príncipe de la música*. El Santo Padre quiso que en adelante fuera su propio nombre unido al de aquella misa que, desde entónces hasta hoy, es conocida con el nombre de la *Misa del papa Marcelo*.

En aquel día de gozo comulgó Genoveva, y el pobre maestro Atanasio hasta llegó á olvidar las ilusiones que habia alimentado á propósito de su famosa misa. Sin embargo, desde aquel día el maestro Van-Holf no llevaba colgada al cuello la cadenita de plata con la medalla de Angelus, y Palestrina no le reprendió por eso, pues habia visto que el tierno padre

se la habia quitado para ponerla en el blanco cuello de la dulce Genoveva, recordándole el origen y la historia de aquella medallita. Entónces Genoveva habia buscado con sus grandes ojos á Palestrina y le habia dirigido la más angelical de las sonrisas.

Juan Bautista Pedro Aloïs, el regenerador de la música religiosa, fué nombrado en 1571 maestro de la capilla de San Pedro. Su gloria fué de tal modo aceptada, que no hubo uno solo entre todos los maestros italianos, que pensára siquiera en rivalizar con él. Sobre la tumba, que aún existe en la iglesia de San Pedro, se lee esta sencilla inscripcion: *J. P. Aloïs Palestrina, príncipe de la música*.

P. D. MONTES.

## LA NIÑA DEL CIRCO ECUESTRE.

A los niños les gustan mucho los volatines y títeres, y algunos por imitar lo que hacen en los circos los acróbatas, suelen recibir grandes golpes.

El otro día mi amiguita Inés me contaba que habia estado en el Circo, donde le habia admirado la habilidad de una niña que, en pié, sobre un caballo, hacia maravillas de agilidad. Y tan entusiasmada estaba

Inés, y tanto se habia prendado de la gracia de la niña, y del bello y elegante traje que llevaba, que me dijo:

—Yo quisiera ser como esa niña, á quien todo el mundo aplaude en el Circo.

—¡Qué disparate! exclamé. ¿Sabes tú lo desgraciada que es esa niña?.....

—¿Cómo desgraciada, sabiendo

hacer tantas habilidades, y recibiendo tantos aplausos? Digo, y el dinero que ganará.....

— Mira, Inesita, esa niña no tiene padre; era acróbata, y una noche ha-

ciendo en el trapecio sus habilidades con la niña, que entónces era muy pequeña, colgada de sus piés, cayó y quedó muerto. Un milagro de la Providencia salvó á la hija.



— ¡Qué horror!

— Pues no es eso todo; la madre también era artista ecuestre, y sobre un caballo en pelo recuerdo haberla visto hacer verdaderos prodigios de agilidad. Pues una noche, en París, estaba haciendo su trabajo, llevando

á la niña en sus brazos, y por no sé qué fatal circunstancia el caballo se espantó, dió un bote, y lanzó de sí á la pobre mujer, con tan mala forma, que la infeliz dió con la cabeza en un poste del Circo, y algunas horas despues moria, dejando á la niña,



que no recibió daño alguno, en la mayor miseria.

Una familia de gimnastas se hizo cargo de la criatura, comprendiendo que podía explotar su habilidad, y con esa familia vive la cuitada niña; y ten por cierto que es bien amargo el pan que come. La pobrecilla está enferma, porque el trabajo es superior á sus fuerzas, y ese rostro que ves en el Circo tan alegre, animado y sonrosado, es fuera de allí triste,

melancólico, pálido. Ella se cambiaría por tí de buena gana; por cualquier niña que tenga padres.....

— ¡Pobrecita!

— Ahora dime si quieres tú ser como ella artista ecuestre.

— No, no, confieso que fué una tontería decir eso.

— Pues cuida, Inés mia, de no decir nunca tonterías, que dan muy mala idea de una niña.



## LA NOCHE.

Aquí teneis una preciosa viñeta, que no necesita ciertamente la menor explicacion. Es tan característica la tranquilidad que refleja, tan grande la paz que ostenta, que el artista lo ha dicho todo.

Suponiendo que nuestros lectores

se acuestan temprano, y que la mayor parte de los mismos no tendrán ocasion de ver con frecuencia, durante la noche, un rio caudaloso, creemos que no les disgustará la viñeta que les ofrecemos.

## EL NIÑO Y LA PALABRA

(Conclusion.)

*Imitando los sonidos aprende á distinguirlos y á compararlos.*

¿No habeis pasado alguna vez cerca de un cuartel cuando los músicos estudian?

Todos están reunidos en una misma sala, y cada cual hace su escala; lanza una nota sin cuidarse de la del vecino.

Este conjunto es de los más extraños.

En esta cacofonía hay una armonía. Es un juego de café de china que se ha caído á la calle desde un quinto piso.

El cuarto donde está el niño se parece á la sala de estudio de los cuarteles. No se oyen más que sonidos incomprensibles, pero repetidos incesantemente.

Allí no hay más que brrrrr..... prrrrr..., despucs silbidos, luégo aes y oes.

Es que el niño estudia en todos los tonos su instrumento.

A medida que avanza, reúne las vocales á los consonantes y ejecuta al fin esa sílaba sonora que oye y repite durante mucho tiempo: el famoso *papá*, que es la primera palabra que pronuncia, que es tambien la que con más frecuencia se ha pronunciado en todas partes.

Pero no se vaya á creer que el dia

en que pronuncia esta palabra comprende su verdadero sentido.

Para él, *papá* es un ruido que corresponde á la llegada de un hombre alto y grueso con bigotes, que le coge en brazos y le mece, que le araña un poco, al besarle, con la barba.

Por esta razon, la palabra *papá* no es todavía *su padre*, sino una exclamacion, un grito que lanza apenas ve delante unos bigotes.

Lo que le sucede con la primera palabra, le sucede con todas.

Empieza por una *imitacion lenta* de cada una de las *sílabas*; despues reúne la imitacion de la palabra entera; pero una imitacion material; no es más que un ruido ó una serie de ruidos.

Más tarde se apercibe el niño de que las *palabras* que sabe pronunciar las dicen los que le rodean, en *ciertas circunstancias*, y en otras no. Advierte que cuando ve á su padre dicen: ¡*Papá!* que cuando se refieren á la nodriza dicen: ¡*Ama!* que cuando una señorita le abraza y le besa, dicen ¡*Mamá!* y entónces estas palabras van adquiriendo poco á poco para él una gran importancia; son como un *intermediario* entre el *deseo* y el *objeto deseado*; son como unas campanillas que agita cuando tiene sed, cuando quiere que llegue su pa-

dre, cuando quiere que su madre le cante y le pasee.

Al llegar aquí está ya á punto el pequeño salvaje de comprender, sin esfuerzo, lo que significan las palabras, y descubrirá la *idea abstracta*, la gran convencion humana, y comprenderá que la *palabra* es el *objeto*.

El dia en que el niño ha alcanzado este último triunfo, es dueño del mundo. Los obstáculos se han destruido; el camino que se abre á sus ojos es magnífico y alegre, contento; más orgulloso que Alejandro, penetra en Babilonia.

Ya posee la palabra, y, no lo dudeis, en breve abusará de ella.

Si algun papá curioso quiere comprobar las diferentes fases de la conquista de la palabra que acabo de indicar, que estudie el rostro de su niño; que examine sus gestos; que vea cómo difiere la expresion de su fisonomía segun las frases que pronuncia.

Mientras que la palabra no es más que un ruido que no despierta en él ninguna idea, sonrie; pero sonrie interiormente el niño al oír su propia música; pero sus ojos permanecen fijos; no piensa en nada. La palabra, por el contrario, es el cordon de campanilla, como he dicho ántes, el medio indirecto de obtener lo que quiere; y cuando puede servirse de él, su fisonomía se ilumina, tiende los brazos hácia el objeto que desea; se comprende que piensa.

Por último, cuando las palabras han adquirido para él verdadero valor, se ve perfectamente que despier-

ta en su imaginacion, no ya un deseo, sino una figura particular, una cosa ó un sér.

El niño no quiere decir solamente «tengo sed»; la sed representa para él un líquido blanco y dulce al paladar, puesto que le dan agua con azúcar.

No hago más que apuntar estos pormenores; quédese para los venturosos papás el estudiar los más pequeños detalles, apreciarlos y clasificarlos.

Apénas la palabra evoca en la inteligencia del niño una imágen precisa y distinta; apénas pueden los que le rodean leer en su rostro la impresion agradable ó desagradable que esta imágen le causa, acompaña á cada palabra de un movimiento ó de un gesto; ve el objeto en su imaginacion bajo una forma concreta; esta imágen despierta en él recuerdos de placeres ó de dolores que el objeto le ha producido, y de aquí el gesto ó la sonrisa.

A partir de este instante comprende el uso del *adjetivo* y se sirve de él.

El adjetivo constituye una necesidad para él, y por eso le encuentra enseguida, así es que no tarda en llamar *buenos* á los que le hacen gozar de cualquier modo, y *malos* á los que le hacen sufrir, como, por ejemplo, *el coco*.

¿Por qué razon, apénas el pequeño comienza á explicarse, experimenta una necesidad de definir bien sus deseos? Esto consiste en que al ver la alegría de los demas

aumenta su propia alegría; en que al ver la sonrisa en otros labios, su sonrisa aumenta de igual modo; en que extendiendo sus relaciones exteriores, multiplica sus recursos, explica sus pensamientos y parece invitar á los que le rodean á que le expliquen los suyos: da lo que tiene, para que le den los demas lo que poseen; establece sus relaciones, sus lazos con las personas de su compañía.

Ya no hay cuidado, el camino es llano y lo andará de prisa.

Ya habeis visto cómo del caos ha brotado la luz en el cerebro del niño. Primero penetra un rayo, luego dos, luego tres... Basta observarle para comprender su trabajo.

Su rostro parece un fanal de su alma y, sin embargo, cuando ha triunfado de la palabra y hasta del adjetivo, cuando ya balbucea, cuan-

do habla, ¡qué camino tan largo le queda por andar en el mundo!

En este primer viaje ha recorrido el globo, ha pasado sucesivamente por todos los reinos de la naturaleza; la masa inerte ha llegado á ser como la planta; despues sus órganos se han perfeccionado y ha puesto el pié en el primer escalon de la vida animal.

Puliéndose, perfeccionándose á cada instante, llega á la cima de esta escala, es decir, llega á ser hombre.

De simple quinto va ganando todos los grados poco á poco, con el baston de mariscal en la mochila, como los soldados de Napoleon; y cuando no sucumbe en el camino, llega á ser escribano, médico de una aldea, gobernador de una provincia, ministro, obrero ó pobre de solemnidad.

## FRAGMENTOS MORALES (1).

### XLVII.

Cuando se juró cumplir  
Algo noble, digno, honrado,  
Es faltar á lo jurado  
Doblemente delinquir;  
Mas si indigno ó criminal  
Ser pudo el jurado intento,  
El faltar al juramento  
Es la virtud principal.

(1) Véanse los tomos anteriores de nuestra REVISTA.

### XLVIII.

A tres distintas personas  
Perjudica la calumnia:  
Primero al que la propala,  
En seguida al que la escucha,  
Y últimamente á la víctima  
Contra la cual se formula.

### XLIX.

Cuando el sol muestra por la mañana  
Dorados rayos, tintas de grana,

Marcha el labriego tras de su arado  
 Labrando el campo de su cuidado.  
 A él se consagra y él le sostiene,  
 Y cuando oscura la noche viene,  
 Feliz y alegre con su existencia,  
 Disfruta el sueño de la inocencia.

. . . . .  
 Al hombre impuesto le fué el trabajo :  
 Quien como bueno cumple aquí abajo  
 Aquel precepto puro y divino  
 Y el fin persigue de su destino,  
 Cansado el cuerpo, ligera el alma,  
 Se entrega al sueño con santa calma.

## L.

— ¡ El hombre es un malvado !  
 Suele decir el hombre.  
 — ¡ El hombre es un prodigio !  
 Contestan otras voces.  
 — ¡ Un monstruo, una serpiente !...  
 — ¡ Un sér perfecto y noble !  
 — ¡ Un ente despreciable !  
 — ¡ Un dios, rival de dioses ! —  
 ¿ A qué tantas disputas ?  
 ¿ A qué tantos clamores ?  
 ¿ A qué necias sentencias ?  
 ¿ A qué exageraciones ?  
 El hombre es sér que entraña  
 Naturaleza doble,  
 Espíritu divino  
 Y barro que se rompe.  
 En miserable cuerpo

Tan frágil como pobre ;  
 El alma que no muere  
 Le alienta en sus acciones.  
 La tierra exige el cuerpo,  
 Su seno al fin le esconde  
 Y el alma, que es del cielo,  
 El cielo la recoge.

## LI.

Con un pequeño grano de simiente  
 Multiplicado luégo en cien cosechas,  
 Pudiera alimentarse  
 La humanidad entera.  
 Así la verdad brota  
 De la mente del sabio y del poeta ;  
 Modesta y solitaria  
 Así nace la idea.....  
 Luégo la humanidad la multiplica  
 Y al mundo regenera.

## LII.

Igual que los relojes  
 Son los deseos.....  
 Igual que los relojes  
 Más descompuestos.  
 En la niñez inquieta  
 Siempre adelantan,  
 Atrasan con los años  
 Y al fin se paran.

M. OSSORIO Y BERNARD.



## À LOS NIÑOS, SOBRE EL FUMAR.

Queridos niños: no sé si alguno de los que leais estos renglones tendrá la desgracia de fumar. Quisiera que todos vosotros estuvierais libres de este, que el sentido comun continúa (con razon) llamando *vicio*, porque lo es, y feo, aunque generalmente se le considere *costumbre*, poco ménos que laudable.

«Fumaban en los portales» (como dice Moratin) á escondidas los pocos que en su tiempo lo hacian, porque hacerlo en público era, sin duda, acto vergonzoso. Hoy fuma todo el mundo, y en todas partes, y casi es motivo de asombro si álguien contesta «no fumo» cuando le ofrecen un cigarro.

Son, sin embargo, más de las que se cree las personas que por convencimiento han abandonado este vicio, ó (lo que es aún mejor) se abstienen de adquirirle. Puedo testificaros el hecho de que, reunidos á comer varios amigos en número de diez hará unos catorce años, sólo dos de ellos fumaban. De entónces acá creo que habrá aumentado el número proporcional de los abstinentes.

Son poquísimos los que principian á fumar en edad adulta. Sólo la inexperiencia de la primera edad, el mal ejemplo, y la errada creencia de que así hacen *una hombrada*, puede arrastrar á los niños á sufrir los repugnantes efectos, las náuseas, vomitonas, angustias y congojas que ocasiona el cigarro ántes de que pueda el estómago acostumbrarse á él.

Porque habeis de saber, queridos míos, que el tabaco contiene en sí un veneno muy enérgico, y por consiguiente, no puede ménos de ser perjudicial á la salud.

Podrán daros una breve fórmula de sus peligros é inconvenientes las palabras que en 1603 escribió un rey, conocido por el sobrenombre de *Salomon de la Gran Bretaña*, contra el uso del tabaco: «Costumbre (dice) asquerosa á la vista, repugnante al olfato, nociva al cerebro, dañosa al pulmon, y que esparce en torno del fumador exhalaciones tan infectas como si salieran de los antros infernales.»

No fumeis, pues, queridos niños, no fumeis, y estad seguros de que, siguiendo mi consejo, me lo agradeceréis algun dia por muchas razones: una de ellas, la utilidad pecuniaria que habréis de reportar.

Supongamos que un hombre comienza á fumar á los 15 años (suposicion benévola, pues se ve con dolor fumando por las calles niños tan tiernos que apenas sabrán leer): supongamos tambien que gasta sólo un real diario (término medio) durante su vida de fumador: fácil os será sacar, con estos datos, la cuenta de lo que economizaria cada año si se abstuviese de hacer aquel gasto inútil y dañoso.

Suponed, además, que el dinero economizado así cada año lo invierte útilmente, obteniendo un rédito ó interes anual de 6 por 100: si sumais estos réditos con el capital de que proceden, hallaréis que la economía que, con no fumar, realiza sucesivamente, aumenta en una proporción considerable.

Pero si suponeis, por último, que, en vez de contentarse con el interes simple de lo que va economizando año tras año, procura sacar (lo cual es fácilmente hacedero) el interes

compuesto, acumulando sucesivamente los réditos al capital, hallaréis que, en tal caso, va creciendo éste de año en año de una manera sorprendente, que tal vez estaréis léjos de sospechar.

No dudo que todos vosotros podréis obtener la solución de los sencillos problemas á que se presta el cálculo de las utilidades obtenidas en un número cualquiera de años, por medio del interés simple, con las economías que se vayan realizando con no fumar.

Mas como no todos estaréis familiarizados con cálculos más complicados y engorrosos, necesarios para resolver los problemas del interés compuesto aplicables á esta cuestión, os presento aquí el resultado de algunos de ellos que demuestran la utilidad que habrá obtenido, en distintas épocas de su vida, quien, en vez

de entregarse al vicio de fumar, se abstenga de él y economice así un real diario, desde la edad de 15 años:

	Rs. vn.
Al llegar á los 30 años, obtendrá. . . . .	8.495
— á los 35. . . . .	13.426
— á los 40. . . . .	19.025
— á los 45. . . . .	28.496
— á los 50. . . . .	40.673
— á los 60. . . . .	77.651
— á los 65. . . . .	105.970

Esto no es una mera suposición impracticable, sino un hecho que cualquiera puede realizar; y yo vuelvo á recomendaros que lo hagais, porque en ello ganará, no poco, vuestra salud, vuestra reputación y vuestro bolsillo. No desoigais, pues, aunque sólo sea por egoísmo, un consejo de vuestro buen amigo,

NICOLÁS SUAREZ CANTON.

## PROBLEMAS.

### SOLUCION DE LOS PUBLICADOS EN LA PÁGINA 286 DEL TOMO IX.

40.— Para partir una moneda sin instrumento alguno cortante, se clavan en una madera tres alfileres ó clavos, y encima de sus puntas se coloca la moneda que quiera partirse. Encima, y debajo de la misma, se coloca azufre, se le enciende, y cuando se consume, se encuentra casi siempre la moneda dividida en dos pedazos iguales.

41.— Para coger con la mano, y sin que ésta se moje, una moneda que esté en el fondo de un vaso de agua, se echa en el mismo polvos del lycopodio ó azufre vegetal: estos polvos se adhieren á la piel de la mano y le preservan del contacto del agua.

42.— Cuando quiera cortarse un tubo de cristal, ó cualquier otra forma del mismo, con un hilo, se marca ántes con un pedernal el sitio por donde quiera cortarse. Se toma despues un hilo azufrado, que pueda dar tres ó cuatro vueltas en la línea hecha; se prende fuego al hilo, y cuando éste ha calentado bastante al vidrio se baña el vidrio con algunas gotas de agua y queda cortado, como si se hubiera hecho con tijeras.

43.— Para hacer entrar un huevo de gallina en una botella de cuello estrecho, se deja el huevo en vinagre durante un par de dias; cuando el cascarron está muy blando se le da vueltas en la mano hasta que adquiere una forma cilíndrica y á propósito para pasar por el cuello de la botella. Despues, llenando la botella de agua, el huevo vuelve á adquirir su primitiva forma y consistencia.

44.— Para la solución de este problema, el barquero empezará por trasbordar á la cabra, ensegui-

da volverá por el lobo: volverá á conducir la cabra, que dejará á la orilla para pasar la col, y por último, cruzará de vacío á buscar la cabra y llevarla al otro lado. De esta manera el lobo no se encontrará nunca con la cabra, ni la cabra con la col, sino en presencia del barquero.

### NUEVOS PROBLEMAS.

45.— ¿Cómo harémos que una rosa encarnada pierda su color y se convierta en blanca?

46.— ¿Cómo se conseguirá que el agua de un plato entre en un vaso colocado boca abajo?

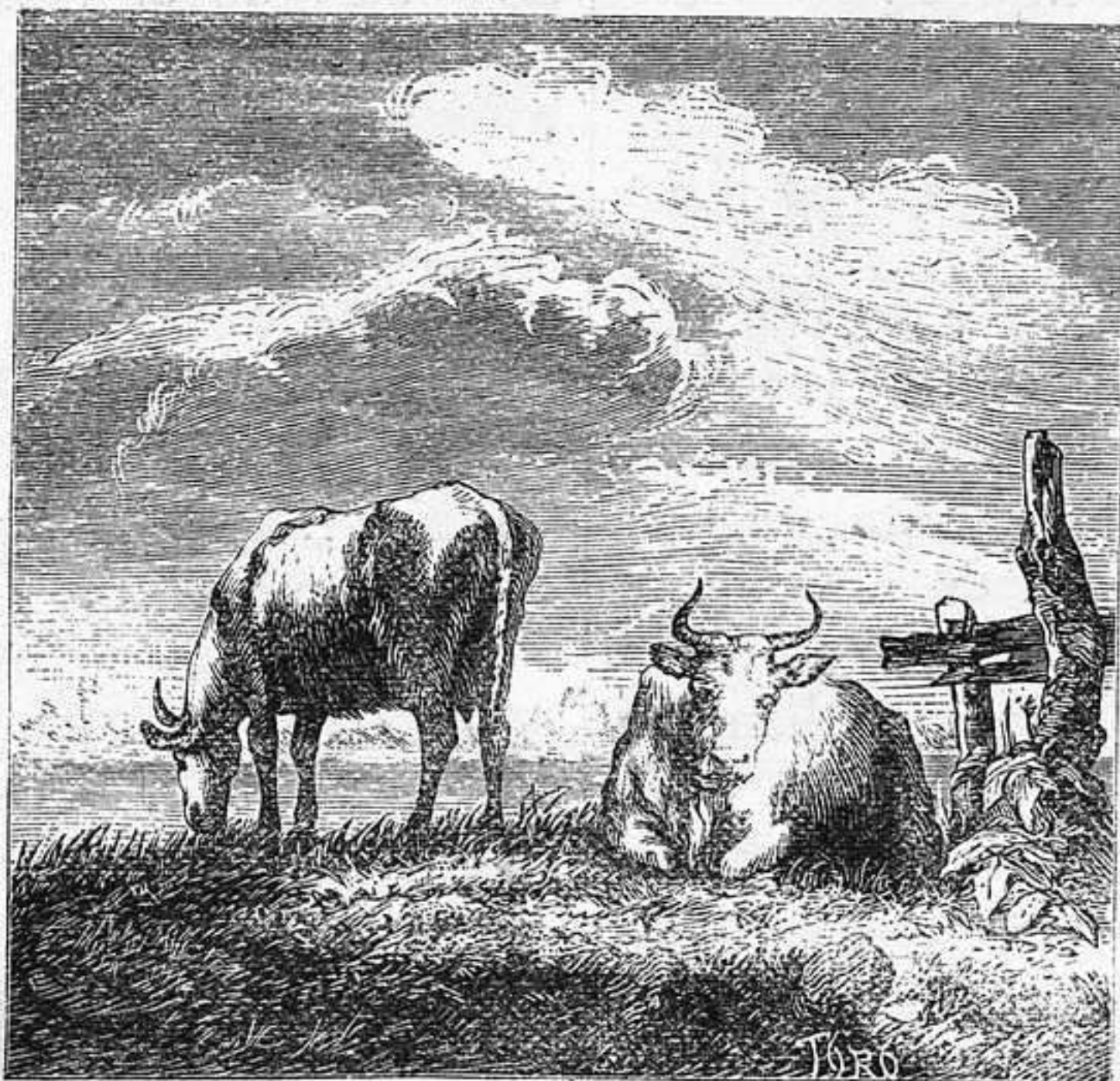
47.— ¿Cómo volcariamos un vaso lleno de cualquier licor sin que se derrame?

48.— ¿Qué es lo que vemos dos veces en un momento, una en un minuto y ninguna en un siglo?

En el próximo número empezaremos unos bonitos problemas geométricos.

### HEMOS RECIBIDO LAS SIGUIENTES SOLUCIONES.

- D. Miguel Vergés, de Madrid, el núm. 44.
- D. Eduardo Zuzarte, de Barcelona, 40, 41, 43, 44.
- D. Diego de la Llave, de Barcelona, 40, 41, 43, 44.
- D.<sup>a</sup> Rosa Gonzalez y Rodriguez, de Madrid, 40, 44.
- D. César Lambea, de Pina, 40, 41, 43, 44.
- D. Manuel Rodriguez, de Málaga, 43, 44.
- D. Francisco Ansaldo y Otalora, 40, 44.
- D.<sup>a</sup> Blanca y D.<sup>a</sup> Clotilde Catalan de Ocon y de Gayolá, de Baldecabriel, 40 á 44.
- D.<sup>a</sup> Filomena Rizaldos, de Vilialuenga, 40 á 44.



## LAS VACAS.

Aun cuando la vaca no tenga una gran inteligencia, su buen corazón la hace muy simpática. Sin embargo, la vaca demuestra que escucha su nombre y comprende las palabras que expresan un mandato ó una prohibición: conoce el sonido y el timbre. Se acostumbra á las personas que la cuidan, y cuando una mano extraña quiere ordeñarla, retiene su leche.

Las vacas parecen muy sensibles cuando se les arrebatan sus terneros, y se quejan á su modo y mugen en cuanto escuchan el llanto de un niño. «Se las ha visto, dice Fee, precipitarse hácia una casa, y tratar de atravesar el dintel, engañadas por

los gritos que escucharon en ella. Si las personas encargadas de distribuirles el forraje pasan á su lado, sin verificarlo, lanzan un lastimero mugido, pues tienen voz para la alegría, como para el dolor.»

Señalemos, finalmente, en las vacas, un espíritu de subordinación muy notable. Cuando caminan en rebaños, se ve á una vaca conductora caminar orgullosamente á la cabeza de sus compañeras. Esta vaca suele conservar su autoridad en las dehesas, y al regresar de los pastos á su valle, vuelve también al frente de todas las otras.

E. MENAULT.